

El Conde y otros relatos

El Conde y otros relatos

CLAUDIO MAGRIS

TRADUCCIÓN DE MARÍA TERESA MENESES



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Il Conde (El Conde)

© 1993, CLAUDIO MAGRIS

All rights reserved

La portineria (La portería)

© 1995, CLAUDIO MAGRIS

All rights reserved

Le voci (Las voces)

© 1988, 1995, CLAUDIO MAGRIS

All rights reserved

Essere già stati (Ya haber sido)

© 2005, CLAUDIO MAGRIS

All rights reserved

Traducción

© MARÍA TERESA MENESES

Primera edición: 2014

Imagen de portada

Marina di Carrara, 1930, 70 x 90 cm.

Proprietà Ballerini, Milano, Italia.

© CARLO CARRÀ, VEGAP, Madrid, 2014.

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014

París 35-A

Colonia Del Carmen,

Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

KADMOS

ISBN: 978-84-15601-46-3

Depósito legal: M-28030-2014

Impreso en España

ÍNDICE

El Conde	11
La portería	39
Las voces	55
Ya haber sido	75

EL CONDE

A Marisa

Sabía que tarde o temprano alguien también vendría a buscarme. No es que me importe mucho, pero hay una justicia en este mundo y, a la larga, las cuentas casi salen parejas para todos, como cuando al final de la temporada de pesca se echan números y los dineros que se tienen para derrochar en la taberna son más o menos los mismos en todos los bolsillos, por lo menos para la gente normal y corriente. Ahora bien, yo no tengo un sobrenombre y ni siquiera un retrato allá en el pueblo, en la cafetería del Círculo, plagado de moscas. Pero escuche cómo cae toda esta lluvia, que no para desde ayer por la mañana, viene del mar, ¿cómo quiere que le importe a uno, con esta agua por todas partes, arriba y abajo, dentro de la ventana y muy pronto dentro de la camisa, que ya casi no se sabe dónde queda el cielo, dónde el río y dónde el mar, cómo quiere que le importe a uno, no sé si me explico, si la gente o los periódicos llaman Conde, o bien, el Conde del río, a él o a otro?

De todos modos, apenas pasa algo, uno ya no sabe a quién pertenece y a quién concierne. Si pienso en las primeras veces en que salí a pescar con mis hermanos y los demás

y en cómo gritaba, gritábamos, gritaba cuando el sedal daba un tirón y el hilo cortaba el agua como una espada y yo era feliz y aplaudía y Nina, que tenía tres años más que yo, me acariciaba y yo era todavía más feliz, ya no sé si esa mano se posaba sobre la mejilla de Manuel o sobre la de Luis o sobre la mía, y quién era el que se sentía feliz, acaso todos o ninguno. Igual que él, cuando la gente y los periodistas y hasta algunas autoridades se retiran, después de haberle hecho tantos cumplidos y fotografías, y se queda solo, qué puede reconfortarlo, solo como un perro, con su Dios maldito e inútil como él, si es que acaso tiene uno, y la carcasa que se deshace, madera en el agua, que alguien, media hora antes, o diez años antes, le haya dicho «¡Bravo, muy bien, Conde, estamos orgullosos de usted!», de todos modos las palabras se pierden en la noche y en el agua no se escucha nada.

No, ninguna envidia, señor, ni siquiera por aquella sabelotodo que vino a hacerle preguntas con la grabadora, creo que era una alemana, largas piernas tacones altos y todo lo demás en su lugar, como debe ser y hasta más, a mí solamente me ha interesado una cosa de las mujeres, es fácil decirlo, y a estas alturas también yo, al igual que él, soy un pez desdentado, que si se me presenta la ocasión, Dios mío, se entiende, pero si no, ni siquiera se me ocurre. Y figúrese, una así con uno como nosotros, como yo, ¡bah, así es mucho mejor!, un problema menos, no me siento para nada mal, es más, no me hace falta en absoluto. Y si me falta algo, es otra cosa, todo, es esa certeza buena y grande que sólo una mujer te sabe dar, esa alegría, piedad y sonrisa ante la confusión,

y que cuando le apoyas tu cabeza en el seno o antes de dormir sientes su pierna sobre la tuya, tranquila e irrefutable, dejas de sentir miedo del ir y venir y entonces los enredos que el destino debe poner en movimiento para hacerte una mala jugada, incluido el golpe final, te parecen un truco de pobre diablo y también un trabajo de Sísifo, así que sientes un poco de pena por el Padre Eterno y también pides por él en tus oraciones a la Virgen, para que le dé paz. Pero esa mujer no viene ni para dejarse desnudar, y está bien, es una pena pero la entiendo, a eso no se puede aspirar, ni a que ponga una mejilla cerca de la tuya y te ayude a sentir menos miedo. Ninguno de los que vienen a hacerte preguntas lo hace por tu bien, ni siquiera por el suyo, solamente vienen porque la gente no sabe estar en paz y siempre tiene la necesidad de inventarse algo, de distraerse con los dolores y la muerte de los otros.

Sí, seguro, también yo podría ser el Conde, el famoso Conde del río. Conozco de memoria su historia, ¿y quién no la sabe? No digo aquí, en el río, en los ríos y donde confluyen en el mar, y por todas partes alrededor, y más allá, entre la desembocadura del Duero o del Ave hasta los pueblos de Trás-os-Montes, pero también en el mundo, en las barberías con esos periódicos ilustrados y tantas fotografías de mujeres hermosísimas pero que cuando las miras piensas que para ellas hacer el amor debe de ser como ir al ginecólogo. Me la sé de memoria, aquella historia de la que también han hablado los periódicos, porque también es la mía y algunas veces ya no sé cuál es la diferencia, excepto que él comenzó trajinando resina y trementina en Vila do Conde, bordeando

siempre a lo largo de la costa, mientras que yo desde el principio navegaba en el mar de afuera y esos arpones, con los que él después ha subido tantos ahogados, yo los usaba para pescar merluzas, los ganchos eran los mismos. Empecé a los trece años, he estado en tantos lugares, hasta en Noruega.

Sí, todos conocemos su historia, los cientos que, en más de cuarenta años, ha repescado un poco en todas partes, en el Duero y en los otros ríos, en el Sousa e incluso más arriba en el Támega o abajo en la desembocadura o en el mar, oteando a su alrededor como un halcón o palpando el fondo con la pértiga de gancho, porque algunas veces los cuerpos se enredan en quién sabe qué cosas y se quedan debajo y él paciente durante horas y horas hasta que no los descubre y los sujeta de la manera adecuada, con cuidado de no empujarlos para que no se resbalen y se vayan para siempre, aferrándose y acomodándose en el fondo oscuro, en algún agujero, apacibles como en una cuna, y el agua tranquila sobre ellos, una manta. A él siempre le gustó cuando flotaban hinchados a punto de estallar o incluso carcomidos por los cangrejos, listos para ser atrapados y entregados. ¿Escucha usted la lluvia? Cuando es tan fuerte y continua uno termina por no oírla, y tampoco el río y el mar que se estrellan uno contra el otro e incluso si llega la inundación uno repara en ella demasiado tarde y entonces es una buena noche para su, para nuestro trabajo, hay tanta gente que ir a repescar para sepultarla en tierra bendita, porque el agua es amarga de perdición y destruye todo, incluso el recuerdo.

Y además también estaban y están aquellos que se suicidan. Dios sabe por qué escogen el agua, yo más bien me

dejaría condenar a la vida eterna como el judío maldito por Jesús, también está la pistola, no, pero quizá yo también he elegido el agua, sólo que en lugar de hacerlo en pocas horas, como ese estudiante que se llenó de piedras los bolsillos y hasta los pantalones, lo hago poco a poco, con toda esta agua dulce, salada y pluvial que me penetra hasta los huesos y un día me saldrá y me ahogará y sofocará desde adentro. Y luego los borrachos, y los vacacionistas que siempre creen que saben nadar, el trabajo no falta y quien escoge como su especialidad la muerte no corre el riesgo de quedarse sin empleo. Incluso todas las medallas que ha recibido, del municipio y de la capitania y de la pía fundación Dona Maria De Luz, por haber sacado a tantos, y esos retratos de ministros y funcionarios que le dan la mano o un premio poseen un aire de funeral, porque toda ella es gente que, si no existiese la muerte, no sería nadie.

Así, él es el Conde y yo... De todas maneras. Ah, ya la ha visto, luego le contaré con lujo de detalles cómo llegó hasta aquí, pero déjeme tomar aire, no puedo cambiar de tema tan bruscamente, mezclando peras con manzanas, se necesita orden. Yo y el Conde, el pez y el arpón, Caín y Abel, incluso si con la lluvia y el agua que sube los dos somos, ahora, unas pobres bestias asustadas en el arca de Noé, y además me parece que la nuestra, a diferencia de la otra, se hundirá pronto y buenas noches. Yo, al Conde, ni siquiera lo habría conocido, Dios mío, bueno sí, un poco sí, es natural, por aquí nos conocemos todos, pero no me habría acercado a él si la barca de mi padre no hubiese terminado en los escollos de las Sorlingas, aumentando la lista de aquellos cientos de

náufragos que han ido a parar entre aquellos islotes, no entre Tresco y St. Mary's, entiéndase, eso es un paraíso de flores y pájaros, iris y lirios azul violeta y cormoranes y correlimos y estorninos que se acercan a comer a tu plato y en primavera el agua celeste rompe blanca sobre la arena de granito y resplandece, un puñado de polvo de oro, y todo es terso e inmóvil y te dan ganas de quedarte allí para siempre y dormir cien años, sino del otro lado, en el mar de afuera, uno de los lugares más malditos del mundo donde incluso el marinero más valiente se dispone a dejarse la piel sin que la gente en la orilla, como decían las malas lenguas una vez, sienta la necesidad de amarrar una lámpara a la cola de un asno y hacerlo caminar por toda la playa para atraer la nave a los escollos.

De la barca de mi padre no se encontró casi nada, solamente dos traveses para hacer una cruz o un fuego para calentarse; de la carga no quedó nada y mi padre había invertido todo en ella, hasta la casa y las sillas había empeñado, igual es un viaje con el que finalmente nos volvemos ricos, repetía, y ni siquiera nos quedó un sedal para pescar en el estanque y mi madre que perdió la cabeza y decía que era una vidente y recorría las calles anunciándoles a todos la mala suerte y terminaba apedreada. Mis hermanos que si te he visto no me acuerdo, buscando fortuna en el mundo, pero yo no tuve el coraje de dejarla sola porque un instante sientes que ya no puedes más y los otros de inmediato te hacen pedazos, y me quedé, un trabajito por aquí y otro por allá, pescaba un poco, un poco arreglaba algunas barcas e iba a descargar el atún a las bodegas de Oporto y no me quejaba, no se me ocurría que la vida fuese hermosa o grotesca, era

la vida y punto. Fue entonces cuando el Conde, viéndome sin oficio ni beneficio pero despabilado y dispuesto a todo, me propuso que me fuera con él, para ayudarlo en su oficio misericordioso.

El Conde también era bueno, ¿por qué alguien escogería un oficio así si no fuese por bondad? Las más de las veces lo llamaban cuando ya había sucedido una desgracia, como por ejemplo en el Rabagão para esa barca abarrotada de patatas que se había volcado en mitad del río y quienes sabían nadar, bien, los otros, seis personas, tardamos dos días y medio en encontrarlos y repescarlos. Arriba y abajo por el río, hasta el mar, casi tres días, dejándonos llevar por la corriente que los había arrastrado hasta quién sabe dónde y desde lejos cada tronco que asomaba podía ser uno de ellos, y también cada cosa encajada en el fondo, bajo la barca que corría pacífica. Aprendí algo de él, así es: si quieres encontrar lo que buscas debes dejarte llevar, la corriente el viento las personas que empujan o qué sé yo arrastran todo hacia el mismo lado, la escoba recoge la basura, y allí al final encuentras lo que querías y te encuentras también tú.

Dos días y medio y tres noches, despertándonos ante cualquier sonido, en el agua que lo hace a uno sobresaltarse, porque cuando anda un muerto flotando todo es extraño, calentándonos con el poco fuego que encendíamos para asar un pez o una patata de las que habían terminado en el agua, habíamos sacado un costal entero. También llegamos y salimos al mar, por si la corriente los hubiese llevado hasta allá, podía ver la ola cruzada, donde el río rompía contra el océano y era arrojado hacia atrás, en la noche el horizonte

era inmenso y vacío, el sol se partía como una sandía y luego subía un azul verde negro que hacía desaparecer todo y parecía que me encontraba en el fondo del mar como quizá se encontraban aquellos cuerpos. Él me ofrecía de fumar, el cigarrillo le encendía los ojos, dos carbones bajo las cejas blancas, y luego los cerraba y se quedaba inmóvil como un tronco corroído, o un cocodrilo de esos ríos que hay en África. Álvaro, que ha estado en Angola, dice que estuvo a punto de perder una pierna, pero que eso no era nada en comparación con el miedo a los guerrilleros, porque solamente los hombres logran hacerte sentir verdadero terror.

Me daba poco, apenas lo justo para ir pasando, pero tampoco él se quedaba con mucho y decía que era un oficio misericordioso, porque sin él esos muertos no podían irse ni al paraíso ni al infierno y lo que le daban era como al sacristán que recorre la iglesia con la bolsa colgada del bastón. De vez en cuando hablaba de esto y aquello, y de toda una familia que había encontrado allí donde el Támeга desemboca en el Duero y de cómo casi estuvo a punto de no poder sacarlos a la superficie a causa del peso y la saliente del fondo donde se habían enredado, pero al final logró sacarlos dándoles un buen tirón que medio deformó a uno de ellos, total, no quedaban otros parientes que pudiesen quedar conmocionados. Y del profesor falsario que cortó la cuerda después de haber arrojado al agua su ropa y su sombrero, y del cura que al contrario sí se había matado y de los otros que todos saben porque lo ha contado muchas veces en los periódicos, desde que se volvió famoso, que lo han escrito y reescrito. Solamente una vez que le pregunté cuándo cómo y por qué

había comenzado ese trabajo, quién había sido el primero y si había sido una desgracia o un suicidio, la cara se le puso roja y me dijo con rudeza que me ocupara de mis asuntos y que mejor pensara en cómo impedir que mi madre se escapara como una loca llevando la mala suerte y también blasfemó contra la Virgen del Buen Viaje.

Con excepción de esto, también era bueno y hablaba con respeto de los muertos y hasta de los suicidas, a quienes de entrada, si podía, hacía pasar por accidentados, con tal de que fueran sepultados en tierra bendita; ya luego contaba la verdad, que, cuanto más terrible, más le gusta a la gente. Y hasta casi era tierno cuando recordaba a esa niña que había sacado abrazada a su abuelo, quien se había arrojado para salvarla y la había depositado en el fondo de la barca arreglándole el cabello y poniéndole unas flores sobre el pecho, bajo esa boca inocente que ni siquiera el miedo a la muerte y el agua habían podido mancillar. Pero si la conversación se desviaba hacia alguien de la aldea, ya fuera hombre o mujer, joven o anciano, siempre había de qué reírse y los ojos se le tornaban malévolos cuando decía que uno robaba, el otro fornicaba con su cuñada y otras cosas malas, como que José, el zapatero, era un espía de la guardia republicana o que Antonio, el molinero, arrojaba ratas muertas en la harina y las molía, así, sólo por maldad.

Cuando su pértiga tocaba algo que no quería desengancharse, yo tenía que desnudarme, ponerme un traje de caucho, amarrarme un par de pesos en las caderas y lanzarme al agua, sosteniéndome de una cuerda. Allá abajo me ponía a trabajar y cuando lograba desatascarlo tiraba de la cuerda,

como señal, y me subía. El ahogado también subía conmigo, unas veces ya medio deteriorado, otras todavía con su piel lisa, dependiendo del fondo, la arena te conserva mejor, porque está fresca, mientras que el fango te pudre más rápido. Es divertido allí abajo, no da miedo, los muertos no son muy diferentes de los vivos, pues bajo el agua también ellos ponen los ojos en blanco y además todo está inmóvil, como detrás de un vidrio, de un acuario, que una vez fuimos a uno y para nada me parecía que eso fueran peces, de lo diferentes que eran a los que ves escabullirse desde la barca.

Me parecía natural que allá abajo hubiera muertos, porque bajo el agua es el reino de los muertos y todo es lento, inmóvil. Me venía a la mente aquel novicio del que me hablaron en Zennor, en Cornualles, que cantaba salmos, pero una sirena, en la gran ensenada violeta, lo atrajo hacia el mar con sus canciones, y en la iglesia de Zennor, alta sobre el acantilado y el mar —estuve allí cuando llevábamos vino y aceite antes del cataplum de mi padre—, también se encuentra la efigie de la sirena, y yo creo que ese novicio allá abajo en el fondo con ella ha sido feliz, pero muy en el fondo, donde no se alcanza a escuchar ni la campana de la iglesia ni el canto de la sirena y hay silencio y paz y sólo un ligero y atenuado vaivén.

Poco a poco nos fuimos volviendo inseparables, él yo y los ahogados; y la barca sobre el mar-río, que no sabe nada de nosotros, ni siquiera que existimos. El almirante, él; yo, la tripulación, marinero y arponero y dispensero y buzo, nadie y muchos, bien pude haberme ahogado una vez, y hasta dos, y todavía habría quedado suficiente de mí, perdí muchas

vidas en el río, mi padre perdió una, la suya, pero yo no he tenido una mía y ni siquiera sé qué he perdido o no.

Cuando comenzaron con los hombres rana, nosotros íbamos detrás de ellos, él con malicia y gozo cuando no atrapaban nada y avanzaban sin reparar en nada y sin saber dónde buscar, con las linternas y los trajes y todo lo demás. Entonces él, en silencio y lentamente, a deambular arrastrado por la corriente, esperando a que bajara la marea, olfateando el viento, aguardando toda la noche, porque era necesario tener paciencia, decía, a la muerte no la atrapas con prisas, yo tengo paciencia, eso es todo. Cuando navegábamos hacia mar abierto me sentía feliz, miraba las olas azules y la espuma blanca y dejaba de pensar en los muertos, pero él rápidamente daba la vuelta, igual aquí no encontraremos nada, decía.

Y así pasaron los años, mi madre murió, y no me habría percatado de que el tiempo pasaba y de la vida que hacía y no hacía de no haber sido por María. ¿Quieren saber de ella? Pero ¿cómo podría hablar de ella, con esta lluvia y esta oscuridad? Ya, todas las cosas son iguales, una vale lo mismo que la otra e incluso la felicidad y la infelicidad son lo mismo. Sólo María era ella, y punto. Tenía el cabello negro negrísimo y la piel un poco, pero solamente un poco más oscura que las muchachas de por acá, decían que un bisabuelo suyo o qué se yo, un gallego, había llegado aquí trayéndose a una mujer de las Indias, pero no creo que sea verdad. Cuando reía echaba hacia atrás la garganta levantando la cabeza, y su cabello y su rostro por un instante parecían elevarse hacia lo alto, una gaviota que remonta el vuelo y se precipita en el azul... sí,

acaso también yo tuve algo mío, si pienso en cómo reía y en que era yo el que la hacía reír. En este momento, esta lluvia que se escucha precipitarse también cae sobre ese rincón de arena, no, de arena no, de piedras finas finísimas como la arena y algunos tallos de hierba, allí detrás de las rocas, y todo ese rumor de las olas, donde pasó lo que tenía que pasar, cuando ella se recostó mientras se quitaba una sandalia y su pie jugaba con aquella arena de perlas blancas como un pez en el agua y su seno era duro y agradable bajo el vestido y yo al bajárselo le dije que ese vestidito era hermoso pero que no me gustaban los eclipses de luna y lo último que vi, antes de verla solamente a ella y sus ojos color miel, fue todo aquel mar de un azul muy profundo y sin fin que rompía del otro lado de las rocas. Luego nos entraron ganas de nadar, el agua estaba fría pero ella la cortaba blanca y morena, un delfín que no le tiene miedo a nada, porque cuando salta en el aire y en el sol ese azul y esa luz de oro son enteros para él. También me sentí avergonzado, porque antes de irme me entraron ganas de orinar en el mar y esto, entre nosotros, es un pecado, perdonable pero un pecado, y en una jornada así se deben tratar con respeto todas las cosas.

Continuaba saliendo a navegar con el Conde, se sobreentiende, pero en esos días era diferente, era un trabajo que realizaba como cualquier otro, por una miseria, sin pensar mucho en ello; a él no le gustaba verme tan libre e indiferente, que sacara a los ahogados como si cargara y descargara cajones de sardinas. A María le gustaba que yo trabajara en la barca y en son de broma me cantaba la canción que dice que no te cases con un «ferreiro que é mui malo de lavare»

sino con un «marineiro que ven lavado do mare». El Conde me decía que las mujeres no valen nada, él había tenido otras dos esposas, antes de la última, y lo sintió mucho cuando se marcharon al otro mundo, cómo se puede no sentir piedad, y los primeros días cuando caminaba por la casa y veía los pañuelos y las medias sentía melancolía. Pero en el fondo son una piedra en el zapato, también la tercera, e incluso su hija lo había hecho padecer, se avergonzaba de él y ni siquiera lo saludaba, solamente cuando apareció en los periódicos y en televisión se presentó y lo invitó a su casa para despertar la envidia de los vecinos, pero sólo una vez, las mujeres son así; es de estúpidos ocuparse tanto de ellas, sólo los muertos merecen ser tomados en serio.

Yo lo dejaba que hablara, no lo escuchaba, me sentía feliz y lavado por el mar. Una noche estábamos fuera, mar adentro, era una noche de luna negra y después también pensé que esa broma sobre los eclipses de luna me había acarreado la desgracia. El mar estaba extraño, calmado como casi nunca lo estaba, un sudario podrido y grasiento, solamente se escuchaban algunos ruidos sordos, revolvíamos el agua porque según él las corrientes debían de haber llevado a aquella parte a uno que se había caído borracho en el río unas millas más arriba, y a mí me venían a la mente aquellas viejas historias de la flota infernal que sólo navegaba de noche, tirada por setenta monstruos marinos, y que había ayudado a los ingleses a vencer al emperador Napoleón. Realmente nunca me había gustado el Conde, pero allí, solos en aquella oscuridad, me parecía que sólo era un hombre, y no sé cómo pero le conté que María estaba embarazada.

«Entonces habrá ido a la playa de la Lanzada por la Virgen de Septiembre, visto que tiene un abuelo gallego», dijo con una sonrisita, «allá donde las olas del mar hacen crecer el vientre de las mujeres, incluso el de aquellas que antes no podían embarazarse de ninguna manera, y no hay de qué asombrarse, con tanta gente que se ve en aquel lugar y con tu María que, con el pretexto de ayudar a su padre, siempre anda fuera y se empeña con los vivos igual que nosotros con los muertos». Yo ya tenía la mano sobre el bichero y lo habría derribado en un santiamén, porque él era fuerte pero yo lo era más, y hasta le habría metido la cabeza bajo el agua para que así se convirtiera en uno de ellos, pero no sé qué inercia y entorpecimiento me cogió en aquel bochorno nauseabundo, molicie cobarde que te vuelve pesadas las piernas y el corazón para que no hagas ni digas nada, mientras él me miraba perverso y satisfecho. También hay un undécimo mandamiento, señor, que algunas veces nos ordena golpear a un hombre; cuidado de errar el momento, pero cuidado también de no llevarlo a cabo cuando es el momento adecuado.

Con María iba a casarme, se sobreentiende, incluso si no había un compromiso hablado, porque haciendo el amor en la playa y detrás de los rompeolas parecía ridículo, en ese momento, hablar de matrimonio, pero se daba por descontado, como la vida, que es nacer casarse y morir. No sé qué esperaba o esperábamos, los días eran soñolientos como esa noche, acariciaba su vientre esperando verlo crecer pero siempre andaba navegando con él, había mucho trabajo, cada vez más, parecía que cada vez más gente sentía el impulso de morir y que el Conde lo olfateaba como un perro.

De todas maneras, las cosas seguían su curso y el matrimonio, tarde o temprano, me parecía tan inevitable como el nacimiento del niño. Y sin embargo nada es inevitable, todo está en el aire y basta con un pequeño cambio de dirección para que todo desaparezca.

En una ocasión el Conde me dijo que estaríamos fuera dos, incluso tres días, hacia Amarante, pues había trabajo que hacer y luego nos quedaríamos allí porque habría una hermosa fiesta. Al ir remontando el Támeaga, el Conde no se encontraba del humor acostumbrado, canturreaba y andaba distraído, como si no le interesase mucho tener que repescar quién sabe a quién, era la primera vez que lo veía así, entre distraído y nervioso. En Amarante, bajo los árboles cercanos a la ribera había ya dispuesta una hermosa mesa con platos de pescado, callos, pollo, botellas de vino verde y farolillos de papel redondos y encendidos que colgaban de las ramas, y Alfonso con su guitarra y algunos que conocía y otros que no. La noche era calurosa, bajo los árboles un poco de viento secaba la cara sudada, por un momento, ya había bebido mucho, después de muchísimos años me acordé de la mano de Nina sobre mi mejilla, quería irme de allí pero el farolillo sobre mi cabeza bailoteaba henchido y rojo, una luna de sangre, y seguí bebiendo más y bailé y me senté sobre la hierba.

Y veo que preparan algo, se afanan, van y vienen y llevan ramilletes de flores blancas y alguien me dice, no el Conde, él permanecía callado y me miraba, que han pensado en gastarle una broma a la Giba, no, no una broma, una buena obra, para que ella también se sienta, aunque sea por una noche, una mujer con su príncipe azul como todas, igual

ella no entiende nada, sólo sirve para quedarse allí sentada en la esquina con las flores y la fruta si uno se las pone en la mano, sólo es de esperar que el que se las compre no sea un hijo de puta que le ponga un botón o una tapa rota en el platito, igual ella ni se daría cuenta. Pero es buena y no es que no entienda nada, si uno grita se asusta y llora, pero si uno es gentil o la acaricia, se nota que se pone contenta, sonrío y un poco de saliva se le escurre por las comisuras, pero sus ojos casi son hermosos y ha aprendido a hacer la señal de la cruz, que es suficiente para vivir y morir. Ahora lo sé, lo demás no cuenta, igualmente todo es un delirio y los hombres son marionetas que en el pequeño teatro se propinan unas soberanas palizas, bofetadas y bastonazos en la cabeza, y el público ríe y ya no sé si Dios es el público, el titiritero, el bastón o alguien que un día cambiará la música y bajará el telón sobre esta mascarada idiota.

En resumen, me dicen, mientras bebo y pienso y bebo y me parece que todo se vuelve ligero y se desvanece, que esa noche yo tengo que representar el papel de novio de la Giba, fingirlo, se sobreentiende, uno que bajó de Vila Real se pondrá la sotana y hará de sacerdote, no hay nada de malo porque ella solamente se pondrá contenta y pensará que es una hermosa novia igual que todas y mañana ya no se acordará de nada en absoluto, pero le quedará como un sentimiento de haber sido feliz y así habremos realizado una buena obra aunque nos hayamos orinado encima de tanto reír. Y yo siento una gran confusión, no quiero pero no sé echarme atrás, me parece una canallada o quizá no, el Conde de vez en cuando ríe pero no habla y cuando me

parece que he decidido que no, por qué precisamente yo, y pienso que se lo debo decir y que ahora se lo digo, me llevan ante la Giba, a la que ya le han puesto un chal y un pañuelo blanco en la cabeza con unas flores, y ella me mira y en un determinado momento me coge la mano y me la besa y veo que está a punto de llorar. Y al ver esa lágrima soy yo el que siente que llora por dentro como un niño y el que no puede, en ese momento, decirle que no, decirle que no la quiere, que se marche. Así que me levanté, trastabillando un poco, y no sé bien cómo fui a parar junto a ella, en una choza que por lo que a mí respecta también podría ser una iglesia y Carlos y Duarte como testigos, y alguien que no conocía vestido de sacerdote, el Conde detrás de mí, un ángel de la guarda, no, el inspector del matadero que vigila que todos los animales vayan al degüello como es debido, y el de negro chapurrea algo, Carlos le da un pellizco a la Giba que dice sí y también yo digo sí y los otros alrededor tocan la guitarra y cantan vulgarmente; «Ai mina doce loucura, quien gana la partida es un gran jugador yo juego desde hace treinta años para conquistar el amor», los farolillos colgados de las ramas giran y se tambalean, todo da vueltas las caras están enrojecidas y ríen y aplauden incluso la Giba sonrío tímidamente y podría besar como un puerco esos labios de niña y meterle la mano bajo la falda, deformada y tullida como está, pero cuando uno de los músicos hace ademán de ofrecerle el pan y la sal y en lugar de eso le hace una broma yo le planto una bofetada como es debido, como si ella realmente fuese mi esposa, mientras el Conde se carcajea y me dice que he estado muy bien.